

Palabras para quemar entre amantes

Llegó ese momento en que los amantes tienen ya los labios adoloridos de comerse uno al otro. Y hasta el viento que los toca enciende de nuevo sus sensaciones.

A esa hora más que a ninguna, las palabras pueden ser bravos detonantes y, en apariencia desde la nada: desde el aire que cabe en sus vocales, pueden avivar una y otra vez el fuego de la sangre.

Porque los amantes son frágiles como papel ante el roce ardiente de ciertas palabras.

Los amantes se miran con los dedos pero se dibujan y se tocan con la boca.

Los amantes se escuchan incluso a través de sus silencios.

Los amantes se describen, se reinventan, acuñan términos que en sus labios lucen nuevos.

La palabra de un amante es una cosa, un objeto de aire que de pronto se aviva y late a la temperatura y al ritmo del cuerpo.



Y entonces, de la mesa que pausadamente compartieron antes del primer beso, donde habían desatado su apetito de conversación y dado gusto a lenguas y paladares; de la mesa donde horas atrás llevaron un solo fruto a sus dos bocas, tomaron la palabra azafrán y la convirtieron en un instrumento más para acariciarse.

Azafrán: un diminuto placer dedicado al paladar y que alguna vez fue indisoluble de la belleza de la Alhambra. Dos dimensiones de una misma cultura de los sentidos, la del antiguo Al-Andalus, donde se pronunciaba *Zaffaraán*.

Porque el azafrán, con sus filamentos curvos, es un arabesco cuyo trazo comienza en una flor y se extiende en la boca.

Los labios y los dedos se les tiñeron de ese sonido amarillento y rojizo. Y montados en una oleada de besos diminutos los amantes se aplicaron también pequeñísimos pellizcos, tal como habían visto que en el campo tratan a la orgullosa flor morada de la que se arrancan con los dedos tres pistilos cuyo estigma es el verdadero oro rojo: el azafrán. Apenas tres hilos de cada flor. Y como se requieren miles para tener unos cuantos gramos, los amantes se pellizcaron en esa proporción.

Azafrán era y es el nombre de un tesoro. Pero también un conocido veneno si se le toma con exceso. El más caro y difícil de los venenos. Aunque dicen que también el más placentero: el azafrán se apodera de los sentidos de los amantes y los ilumina como si llevaran un sol adentro. Luego toma la cabeza y muy poco después todo el cuerpo. No los hace alucinar ni los tortura, sólo les da un placer excesivo.

Hasta sus miradas tomaron de la palabra azafrán un tono más encendido. Y por donde los ojos, los dedos y los labios pasaban sobre el cuerpo amado y desnudo iban dejando una especie de tatuaje fugaz, de huella amarilla o

naranja, visible tan sólo a los amantes por un instante meticulosamente demorado.

Comenzaron a sentirse teñidos del deseo ardiente del otro y uno de ellos finalmente lo confesó con todos sus colores: “Tu voz me hace sentirme azafranado”.

Estaban trazando, con la palabra elegida, un nuevo mapa amoroso en sus sentidos, una sorpresiva geografía del deseo. Y así siguieron abriendo y explorando “la ruta del azafrán” sobre sus cuerpos.



De la misma mesa tomaron poco después la palabra aceite. Uno de los amantes, la sonriente Jassiba, la propuso pronunciándola con un desliz que sacaba a flote el conocido origen árabe de esa voz: *azzayt*. Y al decir la hacía pensar en una pequeña jarra de pico inclinándose muy lentamente. La palabra se extendió densa y líquida, ligada y suave. De sus sílabas se desprendió un aroma que llenó el aire: envolvía sin ser dulce y atacaba a la lengua sin ser salado. Aceite.

Decidieron entonces hacer más intensa y rara esa sensación y pensaron inmediatamente en un tipo especial de aceite: el que se obtiene del fruto del argano. Un árbol que crece a la entrada del Sahara. Es relativamente pequeño, casi arbusto, pero de raíces muy profundas. Es una planta muy verde encendida entre los ocres del desierto y que da a las tierras áridas del norte de África uno más de sus misterios. Es pariente lejano del huizache y del mezquite que pueblan a su manera los desiertos del norte de México. Son plantas muy antiguas que los científicos llaman Voraces porque sus raíces crecen más rápido que sus follajes y pueden ser

veinte veces más grandes que sus troncos y sus ramas. Los amantes piensan que así quieren crecer uno dentro del otro, con voracidad veinte veces desmedida. Con sed veloz en las venas más ocultas y vueltos aceite al final del día.

El aceite de argano es un poco más oscuro y amarillo que el del olivo. Huele y sabe a ese tipo de nuez que llaman “del paraíso”, dejando una sensación perfumada que corre veloz dentro de la boca y se aloja inconfundible en la parte de atrás del paladar. En algunas tribus nómadas se considera que este aceite es afrodisíaco. Que instala inmediatamente en quien lo prueba un decidido ánimo de amar. Aceite oasis, aceite paraíso.

Ya para entonces los amantes sentían que la palabra aceite daba a los labios más que un sabor, una segunda piel casi transparente, casi líquida; una parte ligerísima de la boca que podía quedarse donde se pusiera el beso.

Aceite bajó con todas sus vocales por la piel del cuello. Montó en los músculos del pecho, rodeó las aureolas granuladas. Suavizó y endureció al mismo tiempo todas esas partes contradictorias y desbocadas que se embriagan con el tacto.

Aceite hace que las manos naveguen como si llevaran viento. Y hace que la piel se sienta ya tocada hasta por lo que aún no se acerca: aliento, lluvia, presencia.

Aceite adormila y hunde. Provoca desde muy adentro. Aceite alborota el hambre más oscura de los cuerpos.



Desde ese letargo escurridizo, con los labios cada vez más sensibles, Jassiba entreabrió los ojos y lanzó lentamente la mirada más allá de la mesa: voló sobre el plato pequeño de

cerámica azul con los hilos de azafrán, sobre la jarrita de aceite y su gota en el pico, sobre los restos de pan y las copas manchadas de vino. Clavó la mirada en la fuente que cantaba en voz muy baja sobre el muro. Y la escuchó atentamente con los ojos.

De esa visión húmeda brotó en sus labios, clara y fresca como el agua, la palabra *zeliye*, o azulejo. El nombre de esa laja de cerámica fina y vidriada que recubría todos los muros.

Los amantes se dieron cuenta de que cientos de azulejos los rodeaban dibujando un universo geométrico que los vestía con sus reflejos de colores y a la vez los pintaba desnudos. Era como verse distorsionados en un espejo impresionista. El cuarto, el patio, la fuente, las columnas, eran como un solo cuerpo sensible del cual ellos formaban ahora parte. Un cuerpo hecho de luz y colores: piel de azulejos. Un arreglo armonioso de formas que iba del mundo hacia ellos y de ellos al mundo.

Hacía mucho calor y esa piel fresca que ahora se descubrían los despertaba a la contemplación de su nueva consistencia. Volvían a enamorarse de la composición maravillosa que, para cada uno de ellos, su persona amada enfrente iba siendo. *Zelijes* eran sus manos, que sonaban a rasgadura del aire mientras se movían. Azulejos sus ojos reflejando sus sonrisas. Sus uñas, *zelijes* bravos hincándose en la espalda con un grito.

Cada una de las partes de sus cuerpos se convertía en una forma geométrica distinta que encajaba con otras, como las piezas de azulejo sobre el muro de la fuente, y creaban un cuadro abstracto perfecto donde todo invitaba a una búsqueda profunda de uno en el otro: y la mirada así adquirida podía viajar de pronto hacia adentro tocando con avidez la frágil sustancia de lo invisible. La palabra azulejo los transformó en geometría enamorada.



Y así, demorándose en el peso de cada palabra que les venía a la boca, reconociendo su amplitud con todos los sentidos, haciéndolas durar en sus cuerpos, llegaron a ese momento en el que una de esas palabras invocadas de pronto pareció estar más tatuada que las otras, más llena de significados y de misterios. Y esa palabra creció tanto entre sus manos que se les escapó inevitablemente entre los dedos. Era de agua, de humo, de luz, de tiempo. Era la palabra Mogador.

Alguna otra idea, no sé exactamente cuál, les hizo pensar en ella y la pronunciaron por azar casi simultáneamente. Por diferentes caminos llegaron ahí como si fuera una parte del cuerpo deseado que los amantes nunca pueden evitar.

Era el nombre del puerto donde Jassiba nació. Y ella pensó, entre otras cosas, que Mogador era la suma de las palabras que los amantes habían venido nutriendo: aceite, azafrán, azulejo. Palabras sonámbulas si las había.

Como un fantasma vinieron a sus ojos las murallas de Mogador, teñidas ahora del color del azafrán sobre la cara que da al océano. Como otros fantasmas sonámbulos vinieron los grupos esporádicos de arganos que, más allá de las murallas, como un collar boscoso, son una especie de muralla vegetal que une y separa a Mogador de ese otro mar que es el desierto. Y vinieron finalmente a la mente de Jassiba, también como fantasmas dormidos y detrás de vapores muy calientes, los muros de azulejos del baño público, el *hammam*, que en Mogador es centro ritual de casi todas las cosas del cuerpo.

Al amante de Jassiba la palabra Mogador le vino de golpe como un enorme misterio. Como nunca había esta-

do ahí no podía entender fácilmente la fascinación de su amada por su ciudad y laberinto. Aunque en sus arranques sonámbulos le había dicho a Jassiba que tenía la sensación de visitar Mogador mientras hacía el amor con ella.

Ahora, desnudo entre azafrán, aceite y azulejos, cuando pensó en Mogador se llenó de preguntas y alguna imágenes difusas. ¿Pero de verdad existe Mogador o, como aseguran algunos, es el nombre de una mujer descrita como un puerto? ¿Por qué dicen que ella siempre seduce pero nunca se le posee completamente? ¿Por qué se habla de ella con asombro? ¿Por qué le dicen la ciudad del deseo? ¿Es cierto que allá cuentan de nueve en nueve porque el diez les parece muy antipático?

Y entonces, esa tarde al borde del mar, mientras el cielo se teñía lentamente de un color púrpura brillante, Jassiba, jardinera mayor de Mogador, comenzó a contarle a su amante, con palabras sonámbulas, las cosas que sabía de su ciudad.



Aunque no lo mencionó en ese momento, el color del atardecer le recordó el origen remoto de la ciudad, cuando las islas que tiene enfrente se llamaron Purpurinas. Porque las cosas mogadorianas comenzaron a escribirse desde una época muy lejana, varios siglos antes de nuestra era, cuando los fenicios inventaron una escritura, un alfabeto y se establecieron en la isla atlántica de Mogador. Por eso algunos poetas dicen que Mogador tiene la edad de la escritura, que la ciudad con sus murallas es una letra más del alfabeto que se quedó flotando en el horizonte o a la deriva.

El alfabeto de Fenicia, unificador y práctico, se extendió a todo lo que entonces era su mundo. Y después marcó tanto al alfabeto griego como al latino y al hebreo.

Es el puerto fenicio más alejado de Cartago hacia el oeste que los arqueólogos han podido comprobar. Varias piezas bellísimas de cerámica encontradas en excavaciones recientes lo demuestran. Y llevan escrita en su superficie, con caracteres púnicos, es decir fenicios, algunas de las cosas mogadorianas que, asombrosamente, todavía se pueden oír en la Plaza Mayor de Mogador, también conocida como Plaza del Caracol.

Con un caracol que crece en sus costas comenzó a escribirse en el mundo la fortuna de esta ciudad. El Caracol Púrpura secreta un líquido que, antes de la invención de los tintes artificiales, se usaba para teñir las telas más valiosas del mundo. Así, además de la belleza del lugar, los fenicios encontraron en esa y otras islas vecinas que llamaron también Purpurinas, un tinte natural que era en ese tiempo más valioso que el oro. Durante muchos siglos sólo los emperadores podían vestir túnicas color púrpura. Dicen que una inmensa bandera de ese color ondeaba en la más antigua muralla del puerto y que era un lujo extravagante y desmesurado.

Varios siglos después los romanos hicieron circular en su imperio un libro cuyas escasas copias eran tan usadas y pasaron por tantas manos que desgraciadamente no se conserva ninguna. Lo llamaron *De Re Mogadoriana*, que quiere decir justamente *De las cosas de Mogador*. Se supone que ese libro, también conocido alguna vez como *Tratado del asombro*, fue una influencia fundamental en la obra de Plinio Apuleyo, ese romano del norte de África que viajó sin parar y que significativamente se estableció en Cartago. Es el autor de dos libros muy mogadorianos: *Discurso de la magia* y sobre todo las *Metamorfosis* o *El asno de oro*. His-

toría que a su vez se considera una de las influencias que más de mil años después tuvieron tanto Cervantes como Boccaccio. Podemos decir que hay un ligero polvo de Mogador en la imaginación de ambos autores.



Jassiba, que de esos polvos llevaba en el cuerpo una buena duna, conocía como nadie el trayecto púrpura de su ciudad ya que de niña había ordeñado a los caracoles de sus costas. Mientras veía sus manos teñidas de nuevo, esta vez por la luz del atardecer, comenzó a hilvanar para su amante las cuentas de su historia. El collar de las cosas mogadorianas que llevaba a flor de piel.

Son cosas de aire, le dijo: ideas, creencias rápidas, repetidas en voz alta a lo largo de los días y repetidas luego en sueños a lo largo de las noches.

Cosas que adquieren mejor consistencia en ese momento intermedio cuando ni se duerme ni se despierta.

Cosas que son como luz demorada sobre piel oscura: música en los pliegues del cuerpo.

Cosas que tarde o temprano se vuelven canciones, mitos, imprecisiones obstinadas, leyendas, poemas del asombro, cuentos que se contradicen o se complementan.

Y uno que otro intento de hipótesis científica, igualmente discutible, por supuesto.

Cosas que alguna vez formaron un libro.

Pero de tanto o tan poco que le atribuyen a estas cosas se olvida que son lo que cada quien va haciendo de ellas: son como piedras en el río pulidas por el agua de nuestras manos.



Los nueve temas de estas cosas se han impuesto entre los mogadorianos de afuera y adentro de las murallas: de la aparición de Mogador no dejan de decirse cosas muy distintas y contradictorias. Todas probables o probadas, pero muy sanamente dudables o ya dudadas.

Cosas como las que se dicen de la enigmática e indescriptible forma anatómica, supuestamente invisible pero omnipresente, que adquiere el sexo en esa caprichosa ciudad nueve veces amurallada.

Lentas o rápidas maneras de vivir el tiempo dentro del tiempo dentro del tiempo; de escribir la historia con las nubes; de convertir el viento en luz; de escuchar con los ojos y con las manos y mirar con los oídos, los obstinados dictados de la piel.

Cosas que corren indomables y desbocadas dentro de los libros en las bibliotecas como en una pradera. Son cosas que van de boca en boca pero siempre retomando la forma espiral de las calles del puerto.



Juntas, estas nueve por nueve cosas inciertas que se dicen de Mogador (y algunas otras) nos muestran, tal vez, un tipo de verdad: explican cómo y cuánto ha crecido en los sueños y en la vigilia de quienes la conocen o la intuyen, esa realidad sonámbula, conocida como “la ciudad del deseo”, sólidamente afincada ya en más de un cuerpo.

Mientras las lees o las escuchas (porque tal parece que muchas de ellas han sido contadas o son cantadas en la Plaza Mayor del puerto) permite que algunas crezcan y palpiten en tu cuerpo.

Que estas cosas en ti se multipliquen como lo hacen en el cuerpo de Mogador. Porque son como semillas inquietas:

Frutos desconocidos que embrujan los paladares,
raíces obstinadas,
rizomas rebeldes,
piedras sedientas de un río seco,
peces dormidos a contracorriente
pero que siguen avanzando,
aves que anidan y vuelan muy cerca de las olas,
son brillo viajero de astros desaparecidos,
ecos muy graves de sonidos muy agudos,
profundos quejidos de amantes,
antiguas y nuevas avalanchas,
huellas en la arena que el viento pisa
y pisa hasta desvanecerlas,
imágenes contadas por testigos apasionados
pero sabiamente llenos de dudas,
son los ruidos del sexo de las cosas
que crecen hasta ser murmullos
y se van articulando
hasta convertirse en rumores:
son palabras, estas palabras.

